CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL



SEPTIMO CURSO

LOS FORJADORES DE LA CONCIENCIA NACIONAL

●

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

Nov., 1952 — 20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos a las 10 p.m.

por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO IV — Marzo 2 de 1953 — No. 48

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Elías Entralgo

Tres forjadores finiseculares de la conciencia nacional: Rafael M. Merchán, Raimundo Cabrera y Diego Vicente Tejera y Calzado

UNO de los servicios más eminentes que prestan a la humanidad sus tipos distinguidos es el de ser demostraciones completas de la virtualidad de los principios. Los tres forjadores que vamos a estudiar en la presente transmisión de la Universidad del Aire prueban el poder conglutinante del sentimiento de patria y de la conciencia de nación en la historia de la cubanidad. Cada uno de ellos nació en un lugar distinto de la Isla, se educó en centros de enseñanza desemejantes, tuvo aptitud fundamental para un género literario diverso, se expresó en un estilo diferente; y no siendo coevos en edad individual, fueron coetáneos en el juicio de que su país tenía ya una personalidad y no merecía continuar subordinado al distante gobierno de otro. Observemos cómo estos rayos de variedad individual se unían al cubo de las pinas de la rueda cubanizante y cubanófila.

I I

En la edición del periódico **El País** del 15 de noviembre de 1868 se publicó un escrito titulado **Laboremus.** Bajo ese rubro latino estampaba Rafael María Merchán en ocho párrafos de brillante y elevada síntesis periodística una breve y bella meditación filosófica sobre la necesidad —demostrada a través de la

historia— de pasar estoicamente por la lucha, la abnegación, el sufrimiento y el sacrificio para alcanzar la civilización y el progreso. El carácter universal e intemporal de las afirmaciones contenidas en ese artículo fué seguramente el que despistó a la censura gubernamental, entonces muy activa; pero la oposición revolucionaria descubrió pronto lo que había en el mismo de alusión al caso nacional. A través de cláusulas donde se decía "Somos bastante osados y bastante decididos para creer que la humanidad ha de ser feliz aun a despecho suyo", el patriotismo popular entreveía una sustitución de "humanidad" por lo que hoy llamaríamos **cubanidad**; y por entre donde se agregaba: "y que un solo hombre basta a veces para precipitarla al cumplimiento de su destino, haciéndola sonreír de satisfacción y de gloria aun a costa de su último suspiro", se adivinaba la sombra de Carlos Manuel de Céspedes, insurreccionado en **La Demajagua** desde poco más de un mes antes.

Los literatos cubanos del pasado siglo adictos al ideal separatista fueron maestros en atravesar las redes contra la libertad de pensamiento y expresión que les presentaba el gobierno colonial con las artes del soslayo y la sutileza, y encontraban su más adecuado complemento en los muchos compatriotas que aprendieron y se acostumbraron a leer entre líneas. **Laboremus** es una de las páginas modelos de ese género, digna de figurar al lado de las odas liberales de Plácido, los poemas a las libertades europeas de Joaquín Lorenzo Luaces, los cantos siboneyes de Fornaris y la conferencia de Enrique José Varona sobre **El Poeta Anónimo de Polonia.** Juzgo que es importante destacar todo lo que Merchán veía de selectivo en el nacimiento de la conciencia de nación: "¿Serán muchos o pocos los que acepten nuestro convite? ¿Serán en número crecido los que vengan a compartir con nosotros nuestra amarga levadura?" "Tampoco nos importa. No es el agrupamiento, no es la multitud lo que vemos. Buscamos un progreso y no una cantidad. Virtudes y no cabezas". "Almas, y no cifras. Que no se junten con nosotros los que ignoran que el bien de la humanidad no se puede conseguir en nuestros días sin el completo olvido de sí mismo, sin abstracción cabal de toda idea egoísta; que nos dejen todos los que se encuentren incapaces

de elevarse a la altura de una idea, a la sensación de un sufrimiento". El artículo terminaba con un toque de campanas llamando a la fe y a la perseverancia.

Y fué estoico. Muy poco después circulaba por la Capital una proclama revolucionaria a cuyo pie se leía: **El Comité Laborante.** Desde entonces el vocablo se incorporá al léxico de las contiendas políticas de la Isla con un doble sentido, afirmativo para los cubanos revolucionarios, que llegaron a darle ese nombre por título a tres de sus periódicos, a denominar también así a una de sus colectividades, y negativo para los gobernantes coloniales que peyorativamente se lo aplicaban a sus adversarios. No sé si de entonces data la siguiente definición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: "Conspirador o muñidor que persigue algún empeño político".

Después de cierta militancia secundaria y pasiva en el Partido Liberal Autonomista, Merchán reiteró su ideología revolucionaria en la nueva insurrección, y en 1896 publicó en Bogotá su librito rotulado **Cuba. Justificación de su Guerra de Independencia,** entre cuyas palabras introductorias hacía acto de presencia una tesis radicalmente dilemática: "...los que no podemos desinteresarnos de la suerte de la patria, no tenemos más que esta alternativa: apoyar a nustros compatriotas, o a los que matan a nuestros compatriotas. Presentar así el problema, y no hay otro modo de presentarlo, es resolverlo".

Funciona algo así como una suerte de subconciencia étnica tradicional en el pensamiento de las razas y de las naciones; y la cultura cubana, cultura hispánica, en gran medida procedente de la española, no pudo deshacerse, ni aun en los instantes de más tensión emocional, de algo hereditario que le es muy propio: la primordialidad de lo ético. Merchán no sería una excepción en su línea del ideario cubano; y cuando en la obra suya de que ahora tratamos se dedicó a censurar los errores, defectos y vicios del gobierno colonial se detuvo antes que nada en la corrupción administrativa. Le movía una ardiente pasión por la verdad no incompatible con una inclinante habilidad polémica, pues sus varias pruebas de ese capítulo sobre la inmoralidad de la administración pública colonial las tomó del adversario, las bebió en

las propias fuentes de militares y políticos de la Metrópoli, sin que se le escapara ni la Reina Regente.

En los primeros desarrollos de su tesis Merchán prefirió, bajo la influencia ambiente del Positivismo, la demostración documental, la información directa, la amplia reproducción de datos, sacrificando su personalidad de crítico y reservándose, dentro de un firme propósito de servir a lo objetivo, el humilde papel de juntador. Animado por un preclaro espíritu de justicia, en estilo parco, severo, no ajeno a cierta ponderación, continuó el desenvolvimiento de su obra con alternativas entre lo genérico y lo específico, entre lo moral y lo económico, entre lo político y lo cultural, analizando los cargos históricos contra la nación dominadora y las cargas históricas de ella a paso de carga. Digo esto último porque esfuerzos intelectuales como éste a que me estoy refiriendo no se caracterizan por su rigor metódico, ya que concebidos primeramente como artículos para un diario, estaban dominados por las exigencias urgentes, indiferibles, de esa índole de publicaciones. Lo que más se acerca, a veces, al método en **Cuba. Justificación de su Guerra de Independencia** es una observación afirmativa inicial, de la que lo demás del capítulo venía a ser como su desarrollo. Mas ese breviario de 251 paginitas tiene virtud dialéctica, refuta con decisión tanto los factores circunstanciales como las instituciones permanentes que dañaban a la nación cubana, razona con acierto sobre la política seguida en la Isla en sus relaciones con la internacional, y pone una amplia y variada cultura histórica en provecho de una razonable y honrosa causa. Hoy podemos considerar esa obrita como exhaustiva para el fin que se propuso: justificar la independencia de nuestra tierra; y situar al que la escribió como un erudito y crítico forjador de la conciencia nacional.

III

Raimundo Cabrera, que como Merchán, siguiendo el signo progresista de los cubanos representativos del siglo XIX, fué conspirador en la insurrección de los Diez Años, después autonomista —si bien activo y dirigente, estando desde la fundación del Partido en su Junta Central— y, luego emigrado en la contienda

de 1895, viene a este grupo de forjadores finiseculares de la conciencia nacional, más que por su variada obra literaria, llena de cariño para la tierra natal, sus cosas y sus hombres, por el libro **Cuba y sus Jueces.** La redacción y publicación de esta obra tiene su **petit histoire** no exenta de algún interés anecdótico. En un día del mes de junio de 1887, cierto vendedor de revistas extranjeras, libros y novelas por entregas, al pasar por el bufete de Cabrera —antes de subir a la residencia de éste para proponerles a las damas **magazines** de modas— hubo de dejarle un folleto que exhibía en la portada el título de **Cuba y su gente**, cuyo autor era un tal Francisco Moreno. Desde las primeras hojeadas Cabrera se interesó por aquel libelo en que un simple turista, tras una correría por las calles, las oficinas y los burdeles de la Habana, atrevíase a detractar los más serios y respetables valores de toda la sociedad cubana. Cabrera pagóle el importe del ejemplar al librero ambulante que se lo había dejado al sesgo porque conocía la tendencia injuriadora y calumniadora del libro para los cubanos, y no lo cerró hasta concluir su lectura. Inmediatamente se propuso impugnarlo, y ya esa misma noche tenía escritas las cuartillas introductorias. Al día siguiente las leyó en el almuerzo a sus familiares y amigos. Todos se mostraron partidarios de que las diese a la imprenta. En un mes redactó los seis primeros capítulos. Antes de llegar a la prueba de conjunto en el libro quiso conocer las reacciones de la opinión pública a través de su publicidad por partes en un diario. Pero un destarado periodista del autonomismo no se atrevió a darle asentimiento y, lavándose las manos, lo remitió a una preponderante figura del Partido, la que sin tomar siquiera el manuscrito le expresó que esas minucias no se contestaban; otro prevaleciente correligionario le manifestó que las polémicas irritantes para los españoles no convenían a los intereses de la agrupación política en que ambos militaban; y al acudir al director de un periódico del mismo credo liberal, en quien, por sus antecedentes radicales, esperaba hallar mejor acogida para aquellas páginas defensoras de los cubanos, sufrió la desagradable sorpresa de una nueva negativa. Entonces estuvo a punto de destruir los originales. Pero un amigo lo alentó a que los trasladara directamente al libro. Decidido a seguir

su consejo, **Cuba y sus jueces** editóse en seis semanas. Mil ejemplares de esa primera edición volaron en un mes. De agosto a diciembre agotáronse tres reimpresiones. En 1899 se publicó la quinta; en 1890 la sexta; en 1891 la séptima; en 1895 la octava y la novena; y en 1922 la décima. Ha sido, sin duda, el libro de más venta, lectura y popularidad entre los nuestros.

En el siglo pasado se vió alguna vez, en el vehículo público, que lo llevaban al mismo tiempo un hombre de levita y uno de blusa. Defendiendo Cabrera la ideología política que sustentaba en la época en que lo escribió, es decir la autonomista, su panfleto fué sorprendido más de una vez en los campamentos mambises por los soldados españoles.

Cuba y sus jueces se resiente de la prontitud con que su autor quiso salirle al paso al de **Cuba y su gente.** El deseo de refutar sin tardanza la ruta seguida por éste, imitando su género semiepistolar y confesando que se sometía a sus incoherencias y a su falta de plan y de unidad. Aquellas "rectificaciones oportunas" eran inquietas, rápidas, precipitadas síntesis. A veces por sus reducciones descriptivas parece un baedeker; a ocasiones por la acumulación de nombres propios con el corto acompañamiento de uno o unos adjetivos muestra todas las limitaciones de un catálogo; hay momentos en que se queda en meras enumeraciones de títulos; a ratos es unabreve antología.

Otros defectos iban detrás de aquella improvisación. Hay adjetivos mal usados; no es muy certera en ciertas apreciaciones de crítica literaria; se echan de menos resúmenes al frente de los capítulos y hasta el título de ellos; falta la mención de la bibliografía consultada. Lo que más se acerca al núcleo tésico de su examen de la cubanidad es muy ceñido y unilateral: ''El mal, el profundo mal que aqueja a esta sociedad en todas sus fases, reconoce siempre la misma causa. El desgobierno, el exclusivismo, la centralización". De todas maneras no es la obra mejor escrita de Raimundo Cabrera, y está muy lejos de ponernos en contacto, como aquellas otras suyas del género memorialístico o del de ficción historizante, con su estilo flexible, flúido, preciso, animado, ameno, sostenidamente armónico, a momentos con un empleo atildado de los adjetivos y casi rítmico de los verbos.

No quiere ello decir que carezca de ciertos méritos. Contiene clasificaciones sociográficas aceptables y utilizables; sus fundamentales conceptos políticos están expuestos con perspicuidad; y por aquí o por allá hay observaciones agudas, penetrantes, felices, como aquella de que los establecimientos de enseñanza oficial de la época tenían organizados sus planes "de modo que todo se estudie y nada se aprenda". Y, en definitiva, aquella enciclopedia panorámica de la cubanía, por su espíritu democrático, por su sentido vindicativo, por su sencillez, hasta por su frivolidad, llegó al alma de la nación.

IV

Si Merchán y Raimundo Cabrera forjan nuestro sentimiento de patria y nuestra conciencia de nación con el primer martillazo de una cubanía distinta y contrapuesta a la españolidad; de las conferencias sociales y políticas emitidas por Diego Vicente Tejera y Calzado en Cayo Hueso en 1897 sale plasmada un alma cubana señera, y por lo tanto diversa a la existencia en cualquier otra parte de la humanidad. Para llegar a ese hallazgo, el conferenciante disponía de instrumentos muy adecuados: atención firme, observación perspicaz, facultad discernidora. Los complementaba con una cultura que no le nacía únicamente de los libros proporcionándole erudición acumulativa y estimulándole la habilidad para narrar, sino que le venía también de cierta amplitud vital, de la existencia muy varia, trashumante y experimentada que tuvo por tierras de América y de Europa. Sus muchos viajes, su participación en movimientos revolucionarios en Venezuela y en España, le crearon su sentido del mundo, su percepción de la vida, su concepción de la sociedad y su criterio sobre la historia. Era un hombre culto en la más culminante y acabada acepción del término, ya que se había adueñado de ese tipo de cultura clarificada y cernida que permite ir con espontaneidad, sin esfuerzo, hacia la crítica orgánica y constructiva, la interpretación creadora y el pensamiento propio. Armado de un espíritu muy justiciero y dialéctico, de un razonamiento muy lógico, de independencia de opinión, con sinceridad cívica, con valentía, con estilo claro, ilati-

vo, franco, alguna vez desenfadado, pero sin demagogia, en tono aconsejador y adoctrinador, llevando en lo más entrañable una fe muy viva en su pueblo y en su nación, sentó las condiciones para una reforma de la sociedad cubana.

Algún día habrá de estudiarse su parentesco espiritual con Martí, manifiesto en una fuerte afinidad ideológica, de la que voy a ofrecer tan sólo esta breve y comprensiva muestra: "...puedo aseguraros, por lo mucho que he visto, por lo mucho que he meditado en mi azarosa vida, que el odio es absolutamente estéril; que nada, en cambio, es más fecundo que el amor".

Con un cabal sentido de los tiempos históricos propugnaba el patriotismo para entonces y promovía el socialismo para luego. Aunque el vocablo **sociedad** llegaba a su léxico con indudable influencia positivista, no era la de Comte, Spencer o Littré, sino la de Claude Henri de Rouvroy, Conde de Saint-Simon, a quien parece acercarse mucho más que a Karl Marx. Uno de los caracterismos más distintivos de su pensamiento es el definido deslinde que establece entre Europa y América al enjuiciar los problemas sociales.

Lo más notable de su personalidad es, a mi juicio, la extraordinaria antevisión. Le imanaba el porvenir. Sus compatriotas, por lo que tienen de africanos, no pueden ver el pasado, y por lo que tienen de españoles no saben mirar al futuro. Por ello asombra más aun cómo él supo traducir la experiencia en previsión, haciendo de su mente un telescopio de largo alcance. Con precisión matemática trazó los rumbos políticos en que decursaría la primera república cubana. Mucho le preocuparon las tres clases de cubanos que iban a ser las tres más desvalidas de nuestra primera etapa republicana: la mujer, el negro y el obrero. Por todo ello podemos considerarlo no solamente un forjador de la conciencia nacional, sino de la estatal, y de las dos repúblicas: la de 1902 y la de 1933. Y por todo ello, también, creo que puedo despedirme de mis radioyentes de esta noche diciéndoles que tenemos todavía no poco que aprender de Tejera (el abuelo) los cubanos de hoy.

D I S C U S I O N :

DR. ICHASO: Felicito al Dr. Entralgo por su enjundiosa disertación. Vamos a ver si aprovechamos los pocos minutos que nos quedan para algunas preguntas. Dr. Entralgo, ¿Ud. cree que el socialismo, que estaba, sin duda, larvado en el pensamiento de Diego Vicente Tejera, era un socialismo científico, o más bien le vino por canales literarios y es, por lo tanto, un socialismo de tipo humanitario?

DR. ENTRALGO: La pregunta está en cierta manera respondida en algo que yo no he leído, porque he suprimido algunas cosas temeroso de que el tiempo no fuera a alcanzar. En mi trabajo digo que me parece Tejera más cerca del romanticismo socialista, que del socialismo científico de Karl Marx. En efecto, en él no hay esa densidad libresca, ni ese estudio profundo de orden filosófico, ni el fundamento económico, sino una idea amorosa, cristiana, mezclada con ciertos principios de servicio público y de orden sentimental.

DR. ICHASO: ¿Ud. cree que Tejera no era un materialista, sino un espiritualista?

DR. ENTRALGO: Sí.

DR. ICHASO: En sus estudios tan intensos sobre la historia cubana, ¿ha encontrado Ud. huellas del marxismo, alguna huella visible, apreciable; porque el manifiesto de Marx y Engels data de la segunda mitad del siglo?

DR. ENTRALGO: En el siglo pasado, no. Hay la crónica de Martí cuando muere Karl Marx, que es también un poco romántico. Después, cuando empiezan a ocurrir las primeras huelgas y los primeros movimientos proletarios, hay algún rastro un poco diluído, y más bien en la etapa republicana.

DR. ICHASO: ¿Entonces Ud. cree que las ideas de Diego Vicente Tejera estaban enfocadas o proyectadas hacia la justicia social, pero no tenían en cuenta, realmente, el materialismo dialéctico?

DR. ENTRALGO: No.

DR. ICHASO: Y la actitud de Tejera sobre el negro, la mujer y las clases más despojadas; ¿dónde se reveló? ¿En sus conferencias?

DR. ENTRALGO: En esas mismas conferencias. Tiene una sobre la mujer, otra sobre blancos y negros y también una sobre la capacidad cubana, al estudiar la educación de las sociedades democráticas. En todas estas conferencias se afirma mucho la inclinación a esos tres tipos humanos.

DR. ICHASO: Y si fuéramos a aplicar a estos tres precursores que Ud. ha estudiado, esa clasificación de derecha e izquierda, de conservadorismo y liberalismo, ¿cómo los situaría Ud?

DR. ENTRALGO: Bueno, yo no los podría definir, porque la realidad es que aunque los tres son revolucionarios y progresistas, Tejera se muestra más avanzado que los otros dos.

DR. ICHASO: Muchas gracias, Dr. Entralgo.

Salvador Bueno

Los grandes críticos: Piñeiro, Merchán, "Justo de Lara".

INSTRUMENTO y substancia de cubanía fué la crítica literaria de nuestro siglo XIX. Toda la literatura insular de esta época está situada bajo indudable signo de servicio y compromiso, preocupada por los avatares de nuestra sociedad, atenta a los progresos del país y a los avances de nuestras libertades. Ayudaron aquellos escritores —singularmente los críticos como divulgadores de los méritos de nuestros poetas y prosistas— a fortalecer los cimientos nacionales, a forjar con denuedo y lucidez conciencia de pueblo libre, orgulloso de sus varones magnos y conocedor de sus propios valores. Los grandes críticos, desde Domingo del Monte hasta los que despuntaron a fines del siglo, sintieron estrechamente vinculados sus ejercicios de estimativa literaria con los esfuerzos de su pueblo en consecución de la independencia política.

Para algunos de ellos la crítica fué actividad secundaria y adyacente en su producción. Enrique José Varona persiste en nuestro recuerdo por sus dotes de pensador, es el filósofo no el crítico. Manuel Sanguily es el patriota y el orador de garboso estilo. Manuel de la Cruz, colorista narrador de los episodios de la revolución. Por eso, los que hemos escogido como tema del presente trabajo, adicionan a sus propios méritos como valoradores del hecho literario, el rango esencial de haber sido profesionales de la crítica, dedicados a ella durante toda su vida y, de modo tal, que se destaca en primer lugar entre las diversas facetas de su actividad intelectual.

Otro rasgo común hemos de sumar a su profesionalidad. Nos referimos a su actitud resueltamente patriótica, defensores de los ideales de la revolución, propagandistas acérrimos de nuestra independencia. Para Enrique Piñeyro, Rafael María Merchán y "Justo de Lara", su quehacer crítico estaba destinado a la difusión de los valores criollos, a exponer ante el mundo civilizado que la colonia que España mantenía en las Antillas era merecedora de la libertad por la talla extraordinaria de sus escritores, de sus maestros y de sus artistas.

Ejemplo cabal de lo que dejamos apuntado es la vida y la obra de Enrique Piñeyro. Había nacido en a Habana, el 19 de diciembre de 1939, hijo de un notable latinista, Narciso Piñeyro. Estudió en el Colegio "El Salvador" y el maestrazgo ético de José de la Luz quedó como señal perenne en su espíritu. Llegó a profesor de Historia y Literatura en el colegio amado, pero pronto sus apuntes críticos le dieron nombradía y posición de joven maestro de las letras. Su dilatada existencia puede encerrarse en tres períodos que examinaremos muy sucintamente.

La primera etapa comprende hasta 1869, en que partió hacia los Estados Unidos debido a sus actividades separatistas. Durante estos años examina críticamente en sus artículos la producción literaria cubana, labora junto a los escritores que forman la segunda promoción romántica entre nosotros, colabora con Juan Clemente Zenea en la "Revista Habanera" y dirige la "Revista del Pueblo", que había sido fundada por Ramón Zambrana. Está muy interesado por estos años en cuestiones estéticas y cultiva la crítica teatral con sagaces comentarios. Ha leído a Hegel y a Taine y sus trabajos traen aires de renovación, métodos nuevos.

Cuando emigra en 1869 su pluma se pondrá al servicio de la causa redentora. Es la segunda etapa de su vida. En Nueva York será secretario de Morales Lemus, delegado de la revolución; dirigirá el órgano periodístico de la junta cubana, tendrá que sortear las intrigas entre aldamistas y quesadistas en aquellos años terribles. No olvida su labor literaria, siempre subordinada a sus propósitos patrióticos. El gobierno español lo juzga en rebeldía, lo condena a muerte y confisca sus bienes. Fundó la revista "El Mundo Nuevo" y en 1874 realizó la primera edición de las poesías de

Zenea. Fué en estos años la voz de Cuba en el exilio, alcanzando fama como orador siempre elegante y comedido. Designado agente diplomático, visitó Chile y Perú, y por allá agrupó voluntades y conquistó admiradores por su fácil verbo y su estilo discreto y suave.

Cuando sobreviene la tregua del Zanjón, Piñeyro vuelve a Cuba. No puede, sin embargo, soportar los gestos bravucones de los guerrilleros y parte de nuevo al exilio, esta vez a Europa, donde se instalará en París. Comienza el último período de su existencia. Allí vivirá desde 1882 hasta su muente en 1911. Ahora dedicará mayor atención a sus estudios literarios y publicará periódicamente monografías y libros. Desde allí envía una correspondencia numerosa a las "Hojas literarias" de Sanguily y a la "Revista Cubana" de Varona. Ocupado en estudiar las literaturas europeas no olvida la gesta de su pueblo: en todos sus libros siempre germina su amor patrio en una alusión, una referencia, una dedicatoria nostálgica.

Piñeyro ayudó a la revolución cubana de diversas maneras. La excelente acogida que tuvieron sus libros llevaron el nombre de Cuba a los círculos intelectuales más escogidos. Hasta Marcelino Menéndez Pelayo, que sentía hervir su sangre española cuando leía los libros históricos de Piñeyro, elogiaba la agudeza de sus juicios y la ponderación de su crítica. Sus "Estudios y conferencias de historia y literatura", su exégesis de los "Poetas famosos del siglo XIX", su examen de las obras de Quintana y la biografía apasionante de Zenea señalan los rumbos de su producción. Escribió libros fundamentales sobre nuestra historia, como aquel donde reseña el final de la dominación española. Publicó excelentes monografías sobre escritores españoles y americanos y su estudio sobre el romanticismo español es el primer intento para captar este caudaloso movimiento literario.

Piñeyro realiza una crítica de carácter sintético, no analítico, crítica esencialmente creadora. Aunque romántico, alcanza serenidad y objetividad al examinar obras y autores, con un estilo claro y transparente, despojado de todo perifollo oratorio. Su sólida cultura literaria y su innato buen gusto le permiten discernir los pasajes más bellos de las obras que comenta. Sus objetivos

no eran la investigación ni la erudición, sino la glosa de algunos puntos esenciales de las obras literarias. La obra crítica de Piñeyro resultó portavoz de nuestros ideales al mostrar al mundo los méritos de poetas como Heredia, Plácido y Zenea. De ese modo contribuyó a la forjación de la conciencia nacional.

Existencia muy similar a la de Piñeyro la de Rafael María Merchán, nacido en Manzanillo, el 2 de noviembre de 1844. Fué profesor y periodista hasta que la situación política le obliga a salir del país. Un artículo suyo, "Laboremus", le había dado notoriedad y el vocablo laborantes sirvió para designar a los patriotas. Coincidió con Piñeyro en Nueva York y dirigió también "La Revolución". No podemos reseñar su actuación durante estos años. Sólo diremos que en 1874 se instala en Colombia, allí llega a ser secretario particular de tres presidentes de la República, miembro honorario de la Academia de la Lengua de Colombia, secretario del Ateneo de Bogotá y director de los periódicos "La Luz" y "La Nación". Al cabo de pocos años, Merchán era una de las figuras sobresalientes de la cultura colombiana.

Sin embargo, su colaboración con la causa no se había roto. Fué designado Delegado de la Junta Revolucionaria de Nueva York y la sociedad colombiana vió con simpatía sus esfuerzos a favor de la lejana insurrección. Dos de sus obras ejemplifican esta laboriosidad: la titulada "Colombia y Cuba", y "Cuba: justificación de su guerra de independencia", esta última uno de los documentos esenciales para conocer el ideario político de esta época pugnaz. Cuando concluyó la guerra, Merchán fué elegido Representante por Oriente a la asamblea del Ejército Libertador, regresó poco después a Cuba y se le concedió el cargo de Ministro de Cuba en España. Pocos años más tarde, con la razón extraviada, moría en Colombia, el 19 de mazo de 1905.

La abundante producción literaria de Rafael María Merchán pone de relieve la multiplicidad de sus intereses intelectuales, pero también el rango superior que adquieren sus aportes críticos. En dos libros, "Estudios críticos" y "Variedades" están agrupados estos trabajos aunque otros muchos andan dispersos en distintas publicaciones. Allí aparecen temas gramaticales, filológicos y lingüísticos, análisis de la obra de Zenea, de Miguel Antonio

Caro, de Montalvo, un paralelo esclarecedor entre Heine y Bécquer, y un ensayo de divulgación ''La Habana intelectual vista desde los Andes". No creemos cita más oportuna que las palabras del escritor colombiano Antonio Gómez Restrepo comparando la crítica de Piñeyro con la de Merchán: "Piñeyro —dice— es más artista, describe a grandes rasgos, rara vez se detiene a analizar pormenores, más de una vez se eleva a una elocuencia cálida, pero nunca retórica. Merchán tiene un temperamento analítico, se complace en observar menudamente las obras que analiza, sin dejar de apreciarlas en conjunto; somete a su análisis la composición literaria, no excluye la crítica retórica y gramatical, y este arte minucioso, lo realiza con gran penetración y erudición sólida y variada".

Si hemos de encomiar la faena crítica de Merchán no podemos olvidar su contribución a nuestra independencia. Supo en su momento responder a Juan Varela e incitarlo a estudiar el movimiento cultural de nuestro país. Cuando se suscita el problema de la Enmienda Platt, Merchán, todavía en Colombia, sopesa esta ley con gran objetividad y trata de escudriñar los propósitos del gobierno norteamericano. Sus trabajos literarios responden al deseo de examinar las nacientes literaturas americanas y sus escritores más destacados, mas como balance de toda su obra nos queda el ejemplo de su honrada actitud de vigilancia y combate que participa en la heroica y férrea empresa de fraguar una nueva nación en nuestro hemisferio.

José de Armas y Céspedes, que adoptó el seudónimo ''Justo de Lara" tomado del drama de Jovellanos, ''El delincuente honrado", es el tercero de estos profesionales de la crítica cubana. Nació en Guanabacoa, el 26 de marzo de 1866, de una familia de escritores y periodistas. Asombra la precocidad que atestiguan sus primeros trabajos eruditos: "La locura de Sancho" y el análisis de ''La Dorotea de Lope de Vega". Estudió para abogado en nuestra Universidad, pero no ejerció dicha profesión, sino que dedicó toda su laboriosidad a menesteres críticos y periodísticos, en los cuales adquirió pronto renombre.

La cultura literaria de ''Justo de Lara" era enorme, principalmente en literatura española e inglesa. Fué el conocedor más

profundo de las letras inglesas que existía en cualquier país de habla española. Sus ensayos en torno a Marlowe y otros precursores y contemporáneos de Shakespeare, sobre Pepys, Sterne, Poe y Whitman demuestran su conocimiento de estos temas, tan poco atendidos por críticos hispánicos. José de Armas fué cervantista de mucha capacidad y penetración. Los diversos trabajos que publicó sobre el autor del Quijote revelan la vastedad de su saber acerca de todas las cuestiones suscitadas por el celebérrimo escritor. Léase su "Cervantes y el Quijote": allí se advertirán los sagaces comentarios, las noticias inusitadas, el amplio bagaje erudito manejado por Armas para presentar la vida del manco famoso, su libro ejemplar y su época compleja.

Periodista de talla fué Pepillo de Armas como le llamaban sus amigos. Desde joven vivió en las redacciones, dirigió periódicos, sirvió como corresponsal a las principales publicaciones norteamericanas. Redactor del "Herald" vino a Cuba en 1898 con el ejército del general Shafter. Antes había entrevistado a Cánovas del Castillo y le exponía al primer ministro español que la única solución para Cuba era la total independencia.

Años más tarde reportaría una insurrección en Haití y mediante sus gestiones numerosos prisioneros salvaron la vida. Durante la primera conflagración mundial envió desde Madrid crónicas interesantísimas sobre el curso de la guerra. El erudito investigador de las letras era periodista muy alerta y ágil, de estilo sobrio y conciso.

Anotemos de inmediato su contribución a nuestras luchas patrias. La insurrección del 68 le llevaría muy niño al extranjero. Pero en 1895, ya en sus artículos de "Las Avispas", periódico fundado por él, había protestado por el nombramiento de Weyler. El alto lugar que conquistó en la prensa neoyorkina le sirvió para atraer partidarios de nuestra independencia. Pero Armas combatía por la libertad contra todos sus enemigos. Así luchó contra la ingerencia norteña en 1906 en una serie de artículos que publicó más tarde bajo el título "Los dos protectorados", condenando la Enmienda Platt que colocaba a Cuba en la situación de una factoría.

Sus "Ensayos críticos de literatura inglesa y española", el libro "Historia y Literatura", "Estudios y retratos" y "Cervantes y el Quijote" revelan el sólido y responsable trabajo estimativo de Armas, su filiación dentro de la escuela históricocomparativa, según las fórmulas seguidas por Menéndez y Pelayo, la profundidad y certeza de sus juicios, siempre apoyados en exactos datos eruditos. Ejemplo de fino casticismo es su estilo sobrio y escueto, moderado y preciso, ajustado armónicamente a su quehacer interpretativo. Cuando murió en La Habana el 19 de diciembre de 1919 Cuba perdía posiblemente el crítico de mayor alcance y de visión más amplia de toda su historia literaria.

Estos tres grandes críticos cubanos del siglo XIX realizan su obra mientras su pueblo combate durante treinta años por conquistar la independencia. Buena parte de su labor tuvo que efectuarse en el exilio inquieto y desasosegado. Pero quizás la lejanía permitía ganar una cierta perspectiva para juzgar los propios valores insulares y también, como contrapeso, estar más en comunicación con la cultura universal. Palpitaba en ellos un deseo inmenso de exaltar todo lo cubano, lo que en ciertas ocasiones les llevó a aupar figuras de muy efímero nombre.

Nuestra crítica décimonónica contribuyó, por tanto, en grado sumo al proceso formativo de la nacionalidad. Su estricto quehacer estimativo difundió por todo el mundo culto la existencia de un pueblo pujante donde descollaban poetas, narradores, artistas, oradores, maestros, filósofos. Esta labor de propaganda fué acompañada por su actitud patriótica en servicio de la revolución libertadora. Ellos colaboraron en esta empresa histórica, ocuparon lugares distinguidos en la dirección de aquellas campañas y fueron elaborando en la soledad de sus gabinetes de hombres de letras, donde resonaban las enérgicas palabras de las reuniones políticas, una obra crítica de singulares merecimientos. Por ambas corrientes de su actividad, la literaria y la cívica, merecen el reconocimiento de sus conciudadanos.

DISCUSION:

DR. ICHASO: Después de congratular al Dr. Salvador Bueno por su excelente trabajo vamos a ver si aprovechamos los pocos minutos que nos quedan para hacerle algunas preguntas. He oído que Ud. estima que Justo de Lara fué uno de los críticos de más amplia visión y de más profunda cultura que ha habido en Cuba. ¿Cree Ud. que superaría a Varona?

DR. BUENO: Yo creo que sí, porque Varona dirige casi toda su crítica literaria a la indagación de ciertos puntos de carácter filosófico, mientras que Justo de Lara, todo su interés, su indagación, su trabajo crítico, lo proyecta esencialmente sobre el aspecto literario de esas obras. Es decir, que Justo de Lara es propiamente un crítico de la literatura, y Varona un filósofo que, como pretexto de comentarios literarios, va hacia los puntos filosóficos que a él le interesan.

DR. ICHASO: Me parece muy justa esa opinión suya. Efectivamente Varona divaga un poco más en la crítica, toma cada actor, cada obra como una especie de trampolín para hacer una serie de especulaciones. En cambio, Justo de Lara es más literario. Y en cuanto al estilo, ¿cree Ud. que la condición periodística de Justo de Lara influyó en su estilo, le dió más soltura, más vivacidad?

DR. BUENO: Estamos completamente de acuerdo. La labor periodística de Justo de Lara influyó decisivamente en su estilo, porque, sin abandonar el conocimiento idiomático que poseía, lo ajusta de tal manera a su labor periodística que después, en sus obras críticas, ofrece un estilo mucho más suelto, más despojado de todo artificio, que lo distingue de los críticos anteriores, aun del propio Varona y del propio Piñeyro, que ya también se habían separado un tanto del estilo oratorio propio del siglo.

DR. ICHASO: Y de esos tres críticos que Ud. ha examinado, ¿cuál cree Ud. que fué mejor escritor?

DR. BUENO: Yo creo que es muy difícil distinguir entre Piñeyro y Justo de Lara. A veces Piñeyro tiene mayor elegancia, porque ese término "elegante" es un poco del siglo de ellos; tiene un mayor vuelo literario que Justo de Lara. Este último sigue siempre pegado al comentario erudito, que a Piñeyro no le interesaba. Claro que, entre ellos tres, el de peor estilo literario, hay que decirlo, es Merchán, todavía demasiado apegado a lo gramatical y al comentario filológico.

DR. ICHASO: Si fuéramos a sintetizar con una palabra la actitud de los tres críticos ¿cuál podremos aplicar a cada uno de ellos, en relación, por ejemplo, con las dotes de talento, sensibilidad, cultura, erudi-

ción técnica, etc.? ¿Qué podríamos apreciar en Piñeyro como cualidad relevante?

DR. BUENO: Piñeyro es un escritor que comenta un tanto impresionistamente las obras literarias. Merchán es el maestro de la erudición y el puntilloso de la minucia y Justo de Lara quizás, entre los dos, ocupa un sitio de equilibrio.

DR. ICHASO: ¿Y el más hombre de letras no era Piñeyro?

DR. BUENO: Creo que sí.

DR. ICHASO: Se dedicó más a fondo.

DR. BUENO: Más a fondo.

DR. ICHASO: Y en cambio el más preocupado por los planes políticos ¿cuál fué?

DR. BUENO: Yo creo que fué Piñeyro también. Quizás más que Merchán.

DR. ICHASO: Merchán se distinguió más como patriota que como crítico propiamente ¿verdad? En cambio Piñeyro es un equilibrista.

DR. BUENO: Bueno, es que Piñeyro es el perpetuo equilibrista. Durante la época de su exilio en los Estados Unidos, estuvo más entregado a lo político que Merchán; pero después del año 82, se desatiende un poco de la causa libertadora, aunque sin olvidarla, por supuesto.

DR. ICHASO: Y pasando ya a otro tema más general Dr. Bueno. Ud., como estudioso de la literatura cubana, ¿ha encontrado en ella una mayor aptitud para la creación o para la crítica?

DR. BUENO: Yo creo que hay una mayor aptitud para la creación, pero sin que olvidemos que el cubano, que parece tan poco profundo y tan poco perseverante para una labor crítica, sin embargo, la ha hecho muy notable. Se distingue en los géneros llamados menores: en la poesía, en el ensayo y en la crítica, géneros todos de una menor extensión.

DR. ICHASO: Muchas gracias, Dr. Bueno.

Raimundo Lazo

Contribución de la poesía al proceso histórico de Cuba en el Siglo XIX

EL proceso histórico de Cuba en el siglo XIX manifiesta de manera convincente el natural, el espontáneo enlace de la poesía y de la vida, del poeta y del hombre, del poeta y ese hombre concreto y temporal, a la vez hijo y señor de su circunstancia, raíz obscura, pero vitalmente necesaria para que el arte no flote, anarquizado y estéril, en un mundo deshumanizado de puras abstracciones. Sin ser, en general, lo que hoy llamamos arte de propaganda o de compromiso, la poesía cubana de la pasada centuria expresó a su modo, y dentro de los límites de sus posibilidades históricas, las peripecias e implicaciones de un drama de la vida cubana en el que hombre y pueblo sentían íntimamente el choque violento de sus ideales contra una realidad opresora y deprimente.

La razón de ser y el sentido de ese drama histórico, hecho de la íntima compenetración de elementos individuales y colectivos, puede sintetizarse en una sola frase: la búsqueda afanosa y persistente de la libertad como condición ineludible y previa del progreso. Ser libre para poder avanzar por la vía del progreso indefinido de la Humanidad, postulaba el pensamiento del pasado siglo; y los cubanos mejores de entonces, y naturalmente entre ellos los representativos del arte, hicieron suyo aquel principio, y no sólo fué para ellos verdad defendida con ardor, sino que, por obra de la misteriosa y sorprendente química del espíritu colectivo, supieron transformarla en sentimiento profundo capaz

de animar y sostener sin quebranto una voluntariosa decisión de lucha por convertir en realidad aquellos ideales.

De este modo, el ideal de libertad, de la libertad en ingenua y audaz plenitud, polarizó y dió sentido y valor a todas las fuerzas de nuestro proceso histórico durante un siglo. Por eso, relacionada siempre de alguna manera con el gran motivo romántico de la libertad, la poesía cubana de entonces, en cuanto es expresión directa o indirecta del proceso histórico de Cuba, puede insertarse en una escala ascendente de valores que parte de la pura admiración de las bellezas naturales reflejada en el poema descriptivo, pasa después a la expresión del amor a Cuba, síntesis ya, en el espíritu de los poetas, de una sentida realidad humana y de las bellezas de un peculiar mundo físico, y remata, por último, en el canto de libertad, con su lírico significado de liberar para poseer, de liberar para poseer a plenitud el objeto amado, sentimiento y decisión de libertad que nacen, y que el verso expresa, precisamente tan pronto el poeta descubre en aquella hermosa, querida y sólo aparente síntesis cubana de hombre y Naturaleza, la hiriente realidad de un contraste, la dramática oposición descubierta y señalada por la intuición poética de Heredia entre **las bellezas del físico mundo y los horrores del mundo moral.**

Por esta escala ascendente hacia la formación y posesión de una conciencia lírica de lo cubano, avanzan así la poesía culta como la poesía popular, con frecuencia influyéndose mutuamente; y fuera de tal ordenamiento quedan, de un lado, las manifestaciones, por naturaleza inferiores y perecederas, del arte externo de modas y tendencias, y en el extremo opuesto, aporte, en suma, al proceso puramente cultural, la obra extrahistórica del puro subjetivismo, la lírica esencial de los estados del alma y de los conflictos interiores, la del amor o de la fe religiosa, del escepticismo o de la duda, de la desasida y sublimadora personalidad humana revelada en un momento afortunado de creación artística.

La poesía del paisaje, a veces y sólo fugazmente poesía de la Naturaleza, así como la más escuetamente descriptiva, se elevan de los intentos primerizos de Rubalcava y de Zequeira a las realizaciones de Heredia; y de esos aportes, y de los ingenuos esbozos de la poesía popular, se constituye una tradición poética

que tiene por asunto el canto, múltiple en sus tonos y formas, de las bellezas y riquezas naturales de Cuba. Y así, las fugaces iluminaciones de la poesía descriptiva, desde Zequeira y Rubalcava hasta Heredia, Zenea y Luaces, las diversas expresiones sentimentales de la Naturaleza desde Heredia hasta Mendive, los ingenuos convencionalismos pintorescos de la poesía guajira, y aun las falsificaciones de la poesía indigenista, creadora ex nihilo de un fantástico siboney en medio de un mundo de égloga tropical, elementos tan diversos, constituyeron el fondo sentimental del que nace y se fortalece el amor a Cuba en sus cantadas bellezas naturales, con los símbolos poéticos en que ese amor se concentra y manifiesta, con **la voz de sus arroyos y sus palmas**, aquella **perla del mar, estrella de Occidente**, aquella **hermosa Cuba** de La Avellaneda y de Heredia, la Isla amada con su perenne ceñidor de espumas, sus brisas deliciosas, su sol ardiente y sus lánguidos crepúsculos.

Como transición o derivación natural e inevitable, de esta poesía externa o íntima del mundo físico, nació en los versos de la primera mitad del siglo XIX el sentimiento de la patria, de una patria sin necesarias y precisas implicaciones políticas, concebida y sentida como ingenuo amor a la privilegiada y benéfica tierra nativa, presente desde entonces en la vida espiritual de sus hijos, particularmente cuando el fluir de la vida, visto como destino romántico, alejaba de ella. Hasta la mujer, venciendo el desvío del asunto que le imponían causas de orden sicológico y social, cuando era poetisa de estro personal, como la Avellaneda, consagraba ya en tales momentos sus votos a la patria:

> ¡Adiós, patria feliz, edén querido!
> ¡Doquier que el hado en su furor me impela,
> ¡Tu dulce nombre halagará mi oído!

Cuando en la segunda mitad del siglo, el sentimiento de la patria culminó en un estado de conciencia pleno y definido, orientado por el ideal de una nacionalidad cubana, los poetas continuaron, con ejemplar unidad, el trabajo que hasta entonces preparó y desde entonces contribuyó a vigorizar el gran movimiento

de conquista heroica de la libertad que consume las mejores energías de la época.

De la poesía patriótica sentimental a la poesía patriótica revolucionaria, el tránsito era el propio de una consecuencia natural; y la segunda fué dejando lugar a la primera, y a veces se confundieron en el mismo cauce las aguas de ambas.

De un extremo a otro del siglo, desde Heredia hasta Byrne, conspiradores y guerreros tuvieron el estímulo y las resonancias de la poesía; y colecciones como **El Laúd del Desterrado,** en las vísperas de la Guerra Grande, o como **Los poetas de la guerra,** iluminada por el entusiasmo de Martí, en la transición del 68 al 95, tuvieron jerarquía y eficacia de **biblia del patriotismo cubano.**

Las personalidades sobresalientes de la poesía patriótica revolucionaria se nos ofrecen presididas por la figura legendaria de Heredia, en quien las contradicciones del hombre no lograron contrarrestar el prestigio y la popularidad de los versos heroicos, conservados de generación en generación por virtud de su melodía ardorosa o lánguida, por su ingenuo entusiasmo romántico, y aun por la síntesis sencilla y feliz de sus intuiciones poéticas, que ya captan y expresan en una estrofa las contradicciones dramáticas del coloniaje, ya las razones cubanas de la independencia:

Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

Entre los poetas del **Laúd**, se destaca José Agustín Quintero por su prestancia y la influencia favorable de letras extranjeras, mientras que Pedro Santacilia, para expresar mejor el odio a la tiranía colonial, y para no ofender por eso a la justicia histórica, tras la evocación de las glorias de la España imperial, como contraste, execra la España absolutista y decadente del siglo XIX,

Generación raquítica y bastarda
de mendigos y frailes y toreros,

clímax pasional de belicosidad en el que se altera con los acentos de la indignación aun la voz suave y quejumbrosa de Zenea, el gran elegíaco de nuestro romanticismo.

Pero la necesidad de encubrir la protesta y el requerimiento revolucionario siquiera en símbolos transparentes, y a veces también la afición y particular aptitud para la expresión indirecta, hicieron adoptar el símbolo o la alegoría como formas de la poesía patriótica. Santacilia, Luaces y Martí, en las desgarradas libertades de Judea, de Grecia y de una fantástica Nubia, deploraron la suerte de las libertades cubanas; y por este rumbo, en un ambiente de himno y de elegía, entre referencias impresionantes y esperanzadas premoniciones, una posía simbólica de la libertad alcanza notables realizaciones. Milanés canta la fuga de la tórtola que anhela ser libre, o pensando en Cuba, apoyado al timón, como el piloto en noche procelosa, **espera el día**; y cuando Luaces, en el mejor de sus poemas revolucionarios de forma alegórica, hace rememorar los apóstrofes y profecías de los poemas bíblicos, de sus versos que vaticinan el advenimiento del varón fuerte que conduzca a su pueblo a la victoria, hoy nos parece que se desprende la prefiguración certera de la personalidad apostólica de Martí.

El ideal de libertad en nuestra poesía feliz y honrosamente no tuvo excepciones por motivos de condición social, cultura o temperamento. Quien entonces fué poeta supo expresarlo de algún modo, siquiera alguna vez. Encendió en Plácido su famoso **Juramento**, transfigura a Milanés y a Zenea, y aun toca, de pasada, en la torre de marfil de Casal; irrumpe en la bohemia de Tejera, vibra en las estrofas sonoras de bardo trashumante de José Joaquín Palma, y finalmente culmina en la poesía original y trascendente de la prosa y del verso de Martí, en las que, con fulguraciones perennes, relampaguean los ideales de la patria que se provecta en la más universal, pura y generosa Humanidad.

Cuando terminando el siglo casi con la última contienda, el poeta Bonifacio Byrne, **con el alma enlutada y sombría**, siente y expresa con acierto el dolor de los cubanos al proyectarse la sombra de otra bandera junto a la bandera hecha con los dolores y esperanzas de Cuba irredenta, se cierra el ciclo de la poesía

patriótica revolucionaria con el canto espontáneo, cruce de incertidumbre y fervores heroicos, que recoge las impresiones contradictorias de aquel episodio de angustia por la libertad. Dolorosa, angustiosamente, como había nacido y proyectado su espíritu a toda una época, así terminó esta poesía, llamada, por desgracia y por suerte, a necesarias resurrecciones, para cantar después, con nueva forma y nuevo acento, los espejismos y los eclipses de la libertad en los tiempos azarosos de la República tantas veces nominal en que vinieron a debatirse y a malograrse los caros ideales de antaño.

Lógica, naturalmente, en medio de las prosaicas y dolorosas frustraciones de media centuria de seudo-República, justificados recelos, inconformidades y rebeldías dieron al espíritu crítico necesaria y salvadora vigencia. La crítica, concebida y practicada ya como legítima defensa individual y colectiva, ha hecho de estas últimas décadas tiempos de revisión y balance de toda nuestra historia; y así, y bajo el peso aun de nuevas y mayores desgracias, transcurrió, y ya se olvida, el cincuentenario de nuestra independencia política. A lo lejos queda ya aquel romántico siglo XIV nuestro. Sus formas e ideales de vida se deshicieron; sus ideas capitales y su estilo artístico perdieron vigencia; pero no ha podido desaparecer la unidad y coherencia de la imagen perdurable de aquella centuria, y en ella la de su poesía, de la que, en justicia, puede decirse, y es su mejor elogio, que, sin traicionar al arte, al ser fiel a su tiempo, sirvió al hombre que fué su contemporáneo, y dejó a la posteridad el mejor legado de valores espirituales que, desde aquel mundo suyo, podía ofrecerle.

DISCUSION:

DR. ICHASO: Luego de felicitar al Dr. Lazo por su admirable disertación, aprovechemos, como de costumbre, los pocos minutos que nos quedan para hacerle algunas preguntas en relación con su trabajo. Dr. Lazo, ¿sería mucho pedirle que Ud. nos trazase una especie de mapa sintético de la poesía cubana en el siglo XIX, a tenor del lineamiento que Ud. acaba de trazar ahora?

DR. LAZO: Con mucho gusto. En el trabajo que acabo de ofrecer a la Universidad del Aire, he propuesto una especie de clasificación de

corrientes poéticas, de mapa general de la poesía cubana del siglo XIX. En síntesis, quiero precisar sus lineamientos. Toda poesía comienza haciendo históricamente paisaje e historia, y este principio se cumple en la poesía cubana del siglo pasado. Comenzamos a tener poesía de paisaje en el poema con que se inicia, casi como un balbuceo, en el siglo XVII la producción literaria compuesta en Cuba. Dando un salto de siglos aparece el paisaje cubano en el siglo XIX, más estrictamente presentado, naturalmente; pero la importancia histórica que tiene esto, la función histórica que desempeña esta poesía del paisaje, que sólo a veces es poesía de la naturaleza, es la creación de una especie de conciencia cubana. De modo indirecto, pudiéramos decir, que esa poesía es descriptiva; unas veces, de la naturaleza propiamente dicha; otras va creando algo así como las bases sentimentales para el nacimiento sobre ella, como una estatua se levanta sobre un pedestal, de una poesía propiamente patriótica. El amor a Cuba, a sus bellezas y riquezas es el supuesto sentimental que sirve de base a la noción de la patria. Aparece entonces una poesía patriótica que se bifurca, en dos formas o aspectos capitales: la poesía patriótica de expresión directa, de combate, que genera o por lo menos vigoriza el entusiasmo patriótico del pueblo cubano, y esa otra poesía simbólica, alegórica, a la cual me he referido. Poesía patriótica indirecta que, no por serlo dejó de ser más vigorosa y muchas veces más influyente que la otra. Por último, quedan al margen de estos aspectos de la poesía dos tipos que considero opuestos. La poesía que llamamos externa, la de modas y tendencias, puro reflejo o pura resonancia, y frente a ella la poesía extra-histórica, en la que no hay alusiones a la historia, la que se pudiera considerar como un antecedente de formas puras de la poesía posterior; la inspirada en el puro subjetivismo, en los estados de almas, en los conflictos interiores. He aquí, pues, en dos palabras, lo que yo consideraría el mapa de la poesía cubana del siglo XIX.

DR. ICHASO: Bien doctor, y dentro de ese mapa que Ud. acaba de trazar, ¿cómo incluiríamos al grupo simpático de poetas de **Arpas Amigas?**

DR. LAZO: El caso de **Arpas Amigas** puede ser objeto de un análisis desde distintos puntos de vista; sin duda el mejor lo hizo, casi como una autocrítica, José Varona. Este grupo puede incorporarse a una de esas corrientes que antes he señalado. Está mucho más vinculado a la poesía puramente subjetiva que a otra tendencia de la poesía cubana del siglo XIX. Es una poesía esencialmente de ideas y sentimientos, una poesía, pues, que se sale del marco de lo histórico, que no se subordina a las influencias de época, a pesar de la profunda vinculación que tenían todos sus autores, desde nuestros punto de vista, a la historia de su tiempo.

DR. ICHASO: Y en cuanto a la poesía pura, tal como se ha entendido modernamente, ¿cuáles fueron sus principales cultivadores, a su juicio?

DR. LAZO: Lo que pudiéramos considerar como antecedentes de la poesía pura de nuestro tiempo los vamos a encontrar a lo largo del siglo XIX, en los primeros poetas líricos nuestros, en la primera generación romántica. Aquella es simplemente una poesía de apartamiento, de aislamiento, que en los poetas de la época modernista, de un modernismo que en realidad no tuvimos, constituye simplemente la torre de marfil. Así tenemos, en el caso de Milanés, el ejemplo de un hombre que canta de espaldas al ruidoso mundo histórico de su tiempo, que se concentra, que se aísla y que bien pudiera considerarse como un antecedente de esta corriente poética pura. Andando los años, unas cuantas décadas después, pasando por unos cuantos nombres que ni siquiera podemos citar, llegamos a casos como el de Casal. Encerrado en su torre de marfil, que en la realidad era sólo su pobre habitación de la Habana vieja, puede considerarse Casal como uno de esos antecedentes de la poesía desasida, que en cierto punto será, andando el tiempo, antecedente de la poesía pura de nuestro tiempo. Se dará en aquel tiempo, como en todas las épocas y en todas las situaciones, la bifurcación de la poesía en dos corrientes: la poesía de compromiso, la vinculada a la vida, y la poesía vuelta sobre sí misma. Con nombres distintos, la especie es la misma.

DR. ICHASO: Es evidente que Milanés es un poeta eminentemente subjetivo. Sin embargo, se le ha dado un simbolismo a "La Fuga de la Tórtola". ¿Ud. cree en ese simbolismo?

DR. LAZO: Durante mucho tiempo se le dieron a "La Fuga de la Tórtola" distintas explicaciones. Indudablemente, la de "simbolismo patriótico" es muy clara. Milanés sintió la angustia de la patria. Por razones temperamentales, psicológicas y hasta orgánicas, se vió alejado, como otros hombres del siglo XIX, de los embates de la pasión política; pero no pudo sustraerse por completo a su tiempo, al drama de Cuba. En "La fuga de la tórtola" hay un caso de poesía simbólica de este tipo: la melodía ingenua, expresa una profunda cubanía, que se manifiesta en los elementos tomados de la naturaleza o que son alusiones a la naturaleza. Los americanismos, los cubanismos, le dan forma cubana al poema; pero lo más esencialmente cubano se desprende precisamente de su simbolismo. Es un canto ingenuo, delicado y, sin embargo, vehemente, a la libertad, pasión bendita; la pasión de la libertad, según las palabras de Milanés.

DR. ICHASO: Una última pregunta, Profesor Lazo. En cuanto a la poesía afrocubana, ¿se cultivó en el siglo XIX abundantemente?

DR. LAZO: Lo que se ha llamado después la poesía afrocubana, la poesía mulata o mestiza, tuvo sus antecedentes en el siglo XIX. Pero esto conviene que se aclare siquiera en dos palabras. No podemos, naturalmente, aceptar como poesía de este tipo la cultivada por los hombres de piel oscura. Algunos de ellos cultivaron la poesía con la sola preocupación de imitar la poesía de los blancos dominadores. Tenemos dos casos que

pueden ejemplificar perfectamente lo que quiero decir: el caso de Plácido y el de Manzano. Mientras Plácido vive unido al arte de su tiempo, subordinándose estrechamente a los recursos artísticos de la literatura importada, salvo contadas excepciones, Manzano tiene en sí una nota de rebeldía, de protesta, que lo hubiera llevado, en otras circunstancias, a una concepción propia del arte afrocubano. Ese arte que trata de reflejar una psicología, un estado social, un mundo que, naturalmente, no pudo ser descubierto hasta el siglo XX.

DR. ICHASO: Bien, señores, ya ha vencido el tiempo de que disponíamos. Muchas gracias, Dr. Lazo.

Pánfilo D. Camacho

Estrada Palma y Bartolomé Masó

PRESUMO que el título de esta conferencia se debe a que don Tomás Estrada Palma y Bartolomé Masó fueron los aspirantes a la Presidencia de la República de Cuba una vez que el gobierno de los Estados Unidos de América se dispuso a hacer entrega a los cubanos del gobierno propio. Sin embargo, esa cuestión corresponde cronológicamente a los últimos años de existencia de tan eminentes forjadores de nuestra conciencia nacional.

Estrada Palma nació en Bayamo y Masó en Manzanillo, precisamente las dos regiones orientales que tanta relevancia tuvieron en los fastos de nuestra historia independentista. Estrada Palma era dos años más joven que Masó, pues éste nació en 1830. Tenían ambos posición económica desahogada. En su juventud, el primero era maestro de escuela y el segundo se dedicaba al comercio. En el orden cultural, Estrada Palma le llevaba ventaja a Masó, ya que aquél hizo estudios de derecho en La Habana y se trasladó después a España. Es cierto que Masó en su juventud publicó composiciones poéticas y colaboró en distintos periódicos, pero no sobresalió en esos campos.

Cuando comenzó el período preparatorio del 68, ambos figuraban en los cuadros conspiratorios. Estrada Palma pertenecía al grupo de los llamados "inhibidos" de Aguilera, mientras que Masó era adicto al de los "impacientes" de Céspedes. Masó fué uno de los doce hombres que integraban el grupo de Céspedes después del desastre de la toma de Yara. Luego Estrada Palma recibía instrucciones del gobernador Udaeta para que fuera a en-

trevistarse con Céspedes y sus compañeros a fin de persuadirlo de su error. Convencido Estrada Palma de que no podía darse marcha atrás, decidió, en emocionada entrevista, quedarse con los revolucionarios.

Desde este instante, Estrada Palma y Masó estuvieron al servicio de la causa independentista de Cuba hasta que abandonaron el mundo terreno, muy cerca ambos de ser octogenarios. Los dos tuvieron el privilegio de ser figuras destacadas en las guerras de independencia y de haber ostentado el cargo de Presidente de la República en armas. Estrada Palma desempeñó siempre funciones civiles. Masó comenzó como Segundo Jefe del Ejército con Céspedes. Pero Masó estuvo presto siempre a renunciar el mando en favor de otros militares de más pericia.

Estrada Palma no pudo tomar parte en la elaboración de la constitución de Guáimaro por haber llegado tarde. A Masó se le dieron luego cargos civiles como el de Miembro de la Corte Marcial de Bayamo y Director de Hacienda de Oriente. Después de ingresar en las filas guerreras y de tomar parte en varios combates, Céspedes lo designó Subsecretario de la Guerra. Desde los primeros momentos, Estrada Palma se encariñó con su cargo de diputado y se distinguió por su política de crítica constante hacia Céspedes. El fué el líder del grupo de diputados que, a la postre, consiguió la deposición de Céspedes. Con Eduardo Machado, manejó la Cámara durante casi toda la Guerra Grande.

Destituído a su vez el Marqués de Santa Lucía del cargo de Presidente por la conducta díscola de Vicente García, Estrada Palma no quiso aceptar interinamente el cargo y pasó a ser Secretario de Relaciones Exteriores con Spotorno. Celebradas las nuevas elecciones, se eligió a Estrada Palma Presidente en propiedad. El hizo cuanto pudo por darle auge a la decaída Revolución, pero, sin la ayuda de una emigración dividida, no obstante los esfuerzos de Aguilera por enviar expediciones, aquél cayó prisionero de las fuerzas españolas en octubre del 77. Al finalizar la contienda, Masó ostentaba el grado de general de brigada. La protesta de Baraguá tuvo su apoyo.

La llamada Guerra Chiquita contó también con Masó. Fracasada ésta, fué preso y enviado a las prisiones españolas de Meli-

lla y Ceuta. Ya Estrada Palma se hallaba internado en el Castillo de Figueras, cerca de Barcelona. Masó fué puesto en libertad condicional poco después, y Estrada Palma permaneció preso hasta después de firmarse el Pacto del Zanjón. Ambos aprovecharon sus estancias en Europa para visitar lugares de interés. Estrada Palma había utilizado su tiempo en la prisión para estudiar idiomas y filosofía.

En seguida Masó regresó a la patria. Estrada Palma, por lo contrario, hizo el juramento de no volver a ella mientras estuviera bajo el yugo español. Se vió desde luego que no se ofrecía para una nueva lucha. Las circunstancias y su vocación lo llevaron a establecerse como maestro en un pueblo cercano a Nueva York, donde fundó su célebre colegio del Central Valley. Allí lo encontró Martí hacia 1884 predicando como un santo entre montañas. El le cedió gustoso su puesto a Martí, pero la bandera cubana ondeaba majestuosa en el Tomas Estrada Palma Institute. Allí él era profesor de todas las asignaturas de letras. Desde luego que él presidía las fiestas que el 10 de octubre de cada año celebraban los emigrados neoyorquinos. Masó cultivaba la tierra en sus lares manzanilleros, a la vez que estaba al tanto de las tareas que Gómez, Martí y Maceo habían emprendido para desatar la guerra definitiva.

Cuando se dió la orden de levantamiento para febrero del 95, Masó era el jefe de uno de los principales grupos de comprometidos. Aunque el 24 de febrero hubo varios alzamientos en la región oriental, fué el de Masó en Bayate el de más importancia, aunque el grupo de Baire le diera nombre después a la contienda. Masó asumió en seguida el cargo de General en Jefe de ella con el natural asentimiento de los demás grupos. Desprovisto una vez más de ambiciones personales, reservó el mando para declinarlo tan pronto Gómez y Maceo arribaran a Cuba.

Ocurrido el aciago suceso de Dos Ríos, a Estrada Palma le correspondió obligadamente hacerse cargo de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano. Muy pronto abandonó a su familia y al Colegio, el que tuvo que hipotecar poco después. A Masó se le dió la jefatura del Segundo Cuerpo de Ejército de Oriente y luego se le eligió Vicepresidente de la República. Tomó parte

entonces en innumerables combates, y entre ellos en el de **Peralejo**. Aunque había sido señalado por Maceo para la Presidencia, aceptó con resignación la designación del Marqués. Después la Asamblea de La Yaya lo eligió Presidente de la República. Desde sus distintos cargos, ambos cumplieron con sus deberes durante la tramitación de la guerra de independencia.

Vencidas las fuerzas españolas con la ayuda de los Estados Unidos, Estrada Palma se retiró a su Colegio y Masó lo hizo a su finca "La Jagüita". Adivinaban entonces los tiempos tormentosos de poner las bases a una nación en circunstancias tan difíciles. Debe advertirse desde luego que Estrada Palma —y éste es un punto que aun no conocen los cubanos— se reveló como un verdadero estadista en los instantes en que sus compatriotas tenían ante sí el capital problema de demostrar su capacidad para el gobierno propio. No hay por tanto aun perspectiva histórica para enjuiciar esa cuestión, y la Historia será la que dirá.

Llegada la hora de constituirse la nueva República con el apoyo decisivo de Teodoro Roosevelt, ese gran amigo con quien están en deuda los cubanos, fué Máximo Gómez, convertido en Gran Elector, el que, declinando toda aspiración, decidió la balanza en favor del bayamés, quien era sin duda, muerto Martí, como había apuntado Gómez, el cubano a quien correspondía presidir la nueva República. Muchos lo acusaron de tener ideas anexionistas y de ser impuesto por influencias del Norte, pero ahí no estaba toda la verdad. Un grupo de compatriotas lanzó la candidatura presidencial de Masó, quien efectivamente tenía muchos partidarios, pero el manzanillero, con un gran desconocimiento de la poltíica, quiso aprovecharse de la división que se produjo con motivo de la aprobación de la Enmienda Platt e hizo declaraciones públicas en la prensa contra la conducta de los Estados Unidos. Estaba claro que desde ese momento su candidatura tendría el veto natural de los norteamericanos. Y no había duda de que sus partidarios eran una minoría. Por tanto, puede decirse que fué una leyenda lo de que Masó tenía la mayoría del pueblo cubano y que su retraimiento a las elecciones se debió a coacciones electorales. La prueba de ello es que el grupo de los masoístas quedó diluído inmediatamente.

Estrada Palma ocupó la presidencia con el asentimiento de todos los cubanos. Pero quiso implantar en Cuba un sistema patriarcal de maestro de escuela que tropezó con la indefensión económica de sus gobernados. Muy pronto la política y las camarillas comenzaron a insinuarse. Antes del año de comenzar su mandato, sin tiempo aun para hacerlo ni bien ni mal, hubo grupos de alzados y hasta quiso atentarse contra su vida. Se le acusaba de avaricioso porque se negaba a usar los fondos públicos en obras que no fueran indispensables. Se le llamaba tirano porque exigía el cumplimiento inflexible de las leyes. Y todo se reducía a que él quería salir cuanto antes de las deudas contraídas con los poderosos vecinos del Norte, porque entendía, como Martí, que era la única manera de ser libres plenamente.

Es cierto que en las elecciones parciales de 1903 y en las generales de 1905 hubo coacciones electorales, pero él se cansó de pedir al Congreso la modificación de las leyes electorales. El fué prisionero del grupo que constituyó el llamado "Gabinete de Combate", verdadero culpable de aquellos hechos. Es verdad que no debió aspirar a la reelección, como él mismo había hecho observar que era conveniente, pero tal cosa no dependió de su libérrima voluntad. Producida la revolución de agosto por causas imputables a ambas tendencias políticas, se le acusó después de haber solicitado la intervención, cuando fué lo cierto que esa misma intervención la suplicaron primero los miembros del Partido Liberal.

Por último, la más grave acusación que se le hizo fué la de aceptar la renuncia a todos los miembros de su Gabinete y al Vicepresidente para propiciar la caída de la República en manos de los norteamericanos, con el argumento de que así cohonestaba su conducta con sus ideas anexionistas. Sin embargo, aun aceptando su obstinación en ese sentido, a pesar del ruego que el presidente Roosevelt había hecho a los cubanos para que evitaran una intervención que él no quería, los culpables de que la República quedara acéfala fueron los congresistas que no supieron cumplir con su deber de apreciar el error del conturbado bayamés y designar un Presidente interino. Era lógico que las cabezas de esos congresistas, casi todos fundadores de la patria,

pudieran discernir mejor en esos especiales instantes que la del amargado Presidente. Injuriado por quienes no tenían derecho a hacerlo, con el dolor de ver la República sumida en un caos cuyo final no podía presumirse, murió pobre y en cama ajena en noviembre de 1908. Hacía poco más de un año que Masó había muerto también, pobre y desilusionado, en su retiro de Manzanillo. Pero la Historia ha recogido sus preclaros nombres como los de dos de los verdaderos forjadores de la conciencia nacional.

DISCUSION:

DR. ICHASO: Ante todo, felicito al Dr. Camacho, y en seguida quisiera hacerle algunas preguntas, las que el poco tiempo permita, sobre su interesante conferencia. Dr. Camacho, me gustaría que ampliase Ud. un poco eso de las ideas anexionistas de Estrada Palma, en relación con su conducta después de obtenida la independencia y, particularmente, con aquel momento en que se debatía la posibilidad de una intervención en Cuba.

DR. CAMACHO: Las ideas anexionistas que se le atribuyen a Estrada Palma son las de las cartas que éste escribió desde el Castillo de Figueras, donde hacía la interpretación de que, a su juicio, a Cuba le convenía estar unida a los Estados Unidos de América, conforme algunos cubanos, a mediados del siglo pasado, habían pedido. El francamente entendía que si Cuba pasaba a ser uno de los Estados de la nación norteamericana, teniendo en cuenta la riqueza natural de Cuba, se conseguiría un estado naciente y progresivo, que ayudaría a los cubanos a ser felices en su empeño por el futuro de esta tierra antillana. Pero después de haber estado Estrada Palma durante tres años fungiendo de Delegado del Partido Revolucionario Cubano, imbuído por las prédicas de Martí desde esa Delegación del Partido Revolucionario Cubano, cambió completamente de pensamiento. El día que se publique en Cuba (que todavía no se ha publicado) la correspondencia diplomática reservada que se encuentra en nuestro Archivo Nacional, los cubanos podremos poner a Estrada Palma en el lugar que le corresponde como estadista, y podremos comprobar que tenía la obsesión de que Cuba fuera independiente y soberana, sin dependencia alguna de los Estados Unidos de América. Si observamos los esfuerzos que hizo Estrada Palma después de la Resolución Conjunta por inducir a los cubanos a que tomaran un camino recto para que se les respetara y para que se preparsen como ciudadanos para gobernarse, comprobamos que Estrada Palma dejó de ser anexionista.

DR. ICHASO: Entonces, ¿Ud. no cree, Dr. Camacho, que el anexionismo de Estrada Palma obedeciese a falta de confianza en la capacidad de los cubanos?

DR. CAMACHO: No. Yo estimo que el anexionismo de Estrada Palma era un cálculo, como el anexionismo del grupo de cubanos que presidía Betancourt Cisneros en el año mil ochocientos cincuenta y tantos, y como el de la petición de los revolucionarios del 68, en una instancia dirigida al Gobierno norteamericano. Cuando vemos que Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Eduardo Machado y otros cubanos intransigentes solicitan del Gobierno de los Estados Unidos, desesperadamente, la anexión de Cuba a ese gran país, tenemos que convenir en que se trataba de un cálculo y que sabían que, a la postre, se conseguiría la independencia de Cuba.

DR. ICHASO: Entonces, ¿por qué aquella afirmación suya de que en Cuba no había ciudadanos?

DR. CAMACHO: Estrada Palma afirmó que en Cuba no había ciudadanos porque realmente en aquella época no los había.

DR. ICHASO: ¿No es exagerado eso?

DR. CAMACHO: Es un poco exagerado, pero si vamos a cincuenta años de distancia de las frases de Estrada Palma y llegamos a los momentos en que se está viviendo en Cuba, el Dr. Ichaso convendrá conmigo en que todas las personas que tienen derecho al voto no son ciudadanos.

DR. ICHASO: ¿Ud. cree que hemos mejorado en ese sentido?

DR. CAMACHO: Creo que hemos mejorado, pero no lo suficiente para estimar que la democracia que tenemos implantada en Cuba sea perfecta y que el voto que se eche en las urnas sea una perfecta concurrencia de la democracia. Los cubanos estamos sujetos a pasiones desmedidas y una y otra vez nos decidimos por grupos y caudillos que no están capacitados para regir los destinos de la República.

DR. ICHASO: ¿Ud. cree, Dr. Camacho, que si hubiera habido una campaña presidencial más larga hubiera podido ser debidamente sustanciada la aspiración de Bartolomé Masó, que tenía un derecho indiscutible, y que le hubiera ganado a Estrada Palma las elecciones?

DR. CAMACHO: Creo que nunca Masó le hubiera ganado a Estrada Palma. Este último tenía más títulos, indiscutiblemente, que Masó para ser Presidente de la República. Había tomado parte, durante 10 años, en la Guerra Grande. Después, aunque hizo el juramento de no regresar a Cuba mientras ésta no fuera independiente, mientras Masó participaba en la Guerra Chiquita y después fué uno de los pioneros de la Guerra de Independencia, estimo que por la labor de Estrada Palma como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, por sus circunstancias cul-

turales, por sus relaciones con el gobierno de los Estados Unidos de América y porque el Generalísimo Máximo Gómez, el gran elector de Cuba, lo había indicado, aunque la campaña se hubiera prolongado, siempre hubiera sido electo Don Tomás.

DR. ICHASO: ¿Ud. cree que Estrada Palma era una figura más popular que Masó?

DR. CAMACHO: Naturalmente, no obstante haber sido Masó Presidente de la República, haber desempeñado cargos de importancia durante la revolución y haber participado en las tres guerras. Es indudable que la figura de Estrada Palma era superior en todos los órdenes. Masó fué buen patriota, pero no tenía el relieve de estadista que tenía Estrada Palma.

DR. ICHASO: Bien, señores, ha terminado ya el tiempo de que disponíamos para preguntas. Muchas gracias, Dr. Camacho.

INDICE



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.